



## **Crisis y futuro del sistema económico internacional**

*Marcelo Ramón Lascano*

*Marzo de 2009*

Según respetables opiniones, cuyas versiones recorren vertiginosamente el planeta, la presente crisis está para quedarse durante algún tiempo. Las especies varían. Un año más para unos o dos para otros, sin omitir a quienes apuntan a un desequilibrio global de mayor duración. Simultáneamente se multiplican opiniones con mayor contenido político que afirman, tal vez temerariamente, el ocaso del imperio norteamericano. Hay para todos los gustos.

En cuestiones sociales como las económicas y financieras, la imparcialidad en los juicios no parece un lugar común, aunque debería practicarse en obsequio de la verdad y aún como servicio público. Esta pretensión aspira a estar presente en estos comentarios. Hay dos incógnitas. La etiología y duración de la crisis en primer lugar y luego el debilitamiento de los EEUU en el escenario internacional. Este último es el aspecto más complejo, habida cuenta que abundan pronunciamientos sobre la crisis y sus orígenes y no descuellan enfoques objetivos.

Aunque ya es moneda corriente, es necesario recordar que el o los detonantes de la crisis se encuentran en los EEUU tímidamente a mediados del 2007 y ruidosamente en el segundo semestre del año 2008. El fenómeno ocurre en el mundo de las finanzas a instancias de los excesos que se expandieron libremente en el particular universo del dinero y de los símbolos, en sentido amplio, potenciado por dos aspectos no menores: la codicia de los protagonistas, sobre todo de los inventores de operaciones exponencialmente elásticas y no siempre registrables y a la inoperancia estatal para adecuar las regulaciones y poner fin al desenlace que hacía tiempo ya se vislumbraba.

No me voy a referir a las crisis pretéritas que casi de década en década aunque menos sonoras también hicieron tambalear el tablero y socavaron las bases de la estabilidad que el mundo había ido conquistando en un engañoso contexto de liberalidades financieras provocadoras, a tal extremo de que los partidarios de las desregulaciones a ultranza negaban las exhortaciones de prudencia formuladas por insospechados profesionales.

Tan fue así, que exactamente en octubre de 1998 y en una atmósfera compartida de sospecha sobre los riesgos que amenazaban, en una exposición en la Universidad de

Wisconsin propició la necesidad de establecer una nueva arquitectura para el sistema financiero internacional que lógicamente incluyera a los EEUU. La versión traducida de mi presentación la publicó entonces la Fundación Okita. Allí se subrayaron, entre otras cosas, los riesgos inherentes a la proliferación de nuevos instrumentos y de entidades fuera de control oficial. Tal el caso genérico de los derivados y de la intermediación a cargo de instituciones como los fondos de cobertura, entre variados actores.

Bien, después del susto, las cosas siguieron igual o peor y ahora estamos en el medio de una tormenta de parecido linaje. No se avanzó y la dispersión de incomunicadas agencias de control llevó al sistema al caos. Recuérdese, la Reserva Federal controla a los bancos comerciales, la Securities and Exchange Commission fiscaliza a los bancos de inversión, el Departamento de vivienda y Desarrollo Urbano se encarga de las entidades hipotecarias como Fannie Mae y Freddy Mac patrocinadas por el gobierno. Tampoco existe una superintendencia de Seguros, razón por la cual AIG resultó dolorosamente estatizada. El resto como los fondos mutuales, de pensión, de riesgo o de cobertura parecen no formar parte del régimen financiero como si negociaran obras de arte. El resultado es el colosal desorden en que todavía se encuentra el sistema y que, obviamente, dificulta encauzar las cosas a pesar de los esfuerzos del Tesoro y de la Reserva Federal mediante complejas y fiscalmente costosas intervenciones.

Yendo al otro tema. Es muy probable que los EEUU finalmente salgan de la encrucijada, por cierto a un altísimo costo en materia de producción, empleo, solvencia pública y privada y endeudamiento nacional, paradójicamente financiado por el resto del mundo. Ahora bien, para opinar respecto de quien podría ocupar el liderazgo internacional futuro, no puede menos que examinarse que sucede en el resto del planeta y averiguar donde hay eventuales reemplazantes para, entre otras cosas, arbitrar conflictos y marcar algunos rumbos. La fantasía del desacople proclamada en el mundo desarrollado y el derrumbe de la ilusión, despejan el sendero y da la impresión de que al menos por un par de décadas aquel país seguirá encabezando los indicadores.

Para evitar suspicacias o malentendidos vale la pena repasar brevemente las posibilidades de reemplazo para ejercer liderazgos, al menos compartidos. Parece que Rusia todavía no está en condiciones y que la presente coyuntura debilitó sus eventuales posibilidades, con independencia de su poderío militar. La Unión Europea si bien económica, financiera y tecnológicamente fuerte, registra significativos desequilibrios institucionales. Entre otras cosas. Carece de una constitución política. La moneda común todavía es una quimera habida cuenta que sólo 16 de sus 27 miembros adoptaron el Euro y la Euro Zona en algunos aspectos actúa con prescindencia del resto. Las etnias, las religiones, los hábitos sociales fomentan desinteligencias que dificultan sino frustran acuerdos.

En obsequio de la brevedad, sigamos con China. Las explosivas tasas de inversión y crecimiento y sus extraordinarias hazañas comerciales han terminado por confundir, sobre todo a quienes ha fatigado la hegemonía anglosajona que si incluimos al Reino Unido supera los dos siglos. Me parece que hay que correr el velo sin negar esa realidad que describen las cifras. Por más que los chinos superen el PBI estadounidense en veinte o treinta años, sus políticos son concientes de las ventajas recíprocas que

proporciona esa verdadera alianza, denominada “Chimérica” por los profesores Schularick (Berlín) Niall Ferguson (Harvard).

La asociación de facto representa el 13% de la superficie global, el 25% de la población mundial y cerca de la tercera parte del PBI. La mitad de las exportaciones industriales de China provienen de firmas estadounidenses y europeas radicadas en su amplio territorio. Si todo ello fuera poco, el desahorro norteamericano y los abultados déficit fiscal y externos son en gran parte financiados con ahorros chinos que hoy representan el 40% de su PBI. Finalmente, las importaciones de bienes chinos a muy bajo precio prestan un inestimable servicio a los índices de precios norteamericanos que de otra manera parecerían familiares con los históricos del tercer mundo.

Bien. Estas breves referencias permiten, por un tiempo, refutar juicios y prejuicios respecto del futuro escenario internacional y sus liderazgos. Parece que las relaciones de fuerza no variarán significativamente y el hecho de que los EEUU todavía se comporten como una verdadera aspiradora de fondos sin destinos alternativos, confirmaría la hipótesis aquí expresada. Sin embargo, la situación demanda cambios considerables en la estructura del sistema financiero norteamericano. Se debería evitar, como ya sucedió después de 1998, que nada variara. Ahora parece indispensable renovar el enfoque que rige desde principios de los 70' del siglo pasado que es cuando se clausura Bretón Woods. Para rescatar los sistemas financieros se deben desarmar los apalancamientos y seguir recapitalizando los bancos, imponiendo con obligación de financiar al sector real para torcer el rumbo del ciclo y cambiar las expectativas del público, deudores hipotecarios incluidos.

Es momento de innovar. No se trata de inmolar sin crítica a Milton Friedman ni de rescatar a Keynes sin examinar su pensamiento en cada circunstancia histórica en que debió opinar. Las crisis no desaparecerán porque están en la naturaleza misma de la experiencia humana. Lo que sí debería definirse es hasta donde resultan admisibles comportamientos o grados de permisividad incompatibles con la estabilidad de los sistemas económicos que son los que condicionan la concordia política. Ni so pretexto de la libertad ni de una felicidad quimérica pueden admitirse manipuleos fiscales y financieros susceptibles de potenciar o agudizar crisis como la presente, cuyos efectos destructivos todavía no se conocen. Debería encauzarse el acervo de dinero y crédito siguiendo los históricos objetivos de promover el desarrollo, la innovación tecnológica y la justicia para la felicidad del pueblo como pretendieron en el norte los padres fundadores.

Marzo 7, 2009